

alegatos feministas, ver en particular: (v. 230 - 251).

(4) Albyn Lenky en su obra *La tragedia griega*, refiere que el poeta - Eurípides - se enfrenta libremente a la tradición que nos habla de la muerte de los hijos de Medea a manos de los corintos.

(5) Jacques Lacan, *Seminario de la Ética*. Paidós. Buenos Aires 1992.

(6) Aristóteles, *El arte de la poética*. Espasa Calpe. Buenos Aires 1948.

(7) Pierre Grimal, *Diccionario de Mitología griega y romana*. Paidós, Bs As, 1989.

(8) Medea es llamada leona varias veces en la pieza.

(9) Mario Vegetti, "Pasiones antiguas: el yo colérico". *Historia de las pasiones*. Losada 1998.

(10) Jacques Lacan, "La juventud de Gide". *Escritos 2*. Siglo XXI Editores 1991.

(11) Jacques Alain Miller, *El partenaire-sintoma*. Paidós, Bs As, 2008.

(12) Eurípides, "Medea". *Tragedias III*. Editorial Catedra.

(13) Roxana Hidalgo Xirinachs, "Medea agresión femenina y autonomía". Versión electrónica.: <http://www.psiconet.com/foros/genero/medea.htm>

(14) Graciela Musachi, "Antígona entre Hegel y feministas". *Revista Descartes*. Ediciones Otium 2012.

(15) Este aspecto y otros aspectos de interés, han conducido a Slavoj Žižek a presentar a Medea como la anti-Antígona, ver: *Interrogating the real*. 2013.

Ira y acedia. Dos caras de la mortificación en las psicosis

Julietta De Battista

Licenciada en Psicología de la UNLP. Doctora en Psicopatología de la *Université de Toulouse*. Especialista en Clínica Psicoanalítica con adultos de la UNLP. Especialista en Clínica (Docencia y/o investigación) Colegio de Psicólogos Distrito XI. Profesora Adjunta a cargo de Psicopatología I en la UNLP e investigadora. Becaria Postdoctoral CONICET. Instituto de investigaciones en Psicología UNLP- CONICET
Correo electrónico: julietadebattista@gmail.com

Resumen

El artículo interroga dos presentaciones frecuentes del malestar en nuestra contemporaneidad: la depresión y la violencia. Para hacerlo, propone extraerlas del campo de las enfermedades y los trastornos -que deberían tratarse terapéuticamente-, para reinscribirlas en la ética del psicoanálisis como posiciones subjetivas del ser. En primer lugar entonces, se propone trocar el par depresión-violencia por el de ira-acedia, al recuperar la referencia de Lacan a *La Divina Comedia* y explorar las relaciones allí propuestas entre ambas: la contigüidad entre la ira explosiva y la ira lenta o acedia, la tristeza. Se trabajan las referencias de Lacan a la teología medieval con el objetivo de reubicar a la tristeza como falta moral y su redefinición como rechazo del inconsciente, que evita a su vez toda reducción psicologizante o somática. De esta formulación se intentan extraer consecuencias sobre la mortificación que puede generar la posición subjetiva de rechazo en las psicosis, al proponer una lectura de la misma a partir del concepto de deseo y las dificultades que pueden encontrar los psicóticos para sostenerlo.
Palabras Clave: Psicoanálisis – Psicosis – Violencia – Depresión - Deseo

Abstract

*The article questions two common presentations of discomfort in our contemporary: depression and violence. To do so, the author proposes to extract both of them from the field of diseases and disorders -that can be treated therapeutically-, and enroll them in the ethics of psychoanalysis like subjective positions of being. First then, proposes to change pair depression-violence by anger-acedia, to recover Lacan's reference to *The Divine Comedy* and explore relationships between both proposals there: contiguity between the explosive anger and slow anger or acedia. Lacan's references to medieval theology are worked with the aim of relocating to sadness as moral failure and its redefinition as a rejection of the unconscious, which in turn prevents any psychologizing or somatic reduction. This formulation is trying to draw conclusions about mortification that can generate the subject position of rejection in psychosis, proposing a reading of it from the concept of desire.*

Key Words : Psychoanalysis - Psychosis - Violence - Depression- Desire



DEPRESIÓN Y VIOLENCIA: TRASTORNOS INCURABLES

Las presentaciones signadas por el pasaje al acto agresivo parecen multiplicarse en los últimos tiempos. Han adoptado un nombre de gran repercusión social: violencia. El estallido en la acción contrasta con el otro mal de la época: la silente depresión. El aumento de una y otra preocupa a los organismos públicos encargados de asegurar el orden y la continuidad en la productividad. Ambas conllevan el mismo desafío ¿qué alternativa terapéutica podría resultar eficaz cuando todas las que se intentan parecen condenadas al fracaso?

Recuerdo un caso: una mujer joven que es internada por pedido de sus padres que no soportaban más los ataques agresivos de la hija cuando ellos intervenían en el cuidado de su nieta. Ella se presentaba con un aire angelical que inmediatamente hacía sospechar de las intenciones de los padres. Los concienzudos interrogatorios no lograban completar la anamnesis de una paciente psiquiátrica: juicio coherente, pensamiento ordenado, lenguaje acorde, sin alteraciones de la senso-percepción. Sin diagnóstico preciso y sin esquema terapéutico decidido, la paciente permanecía internada sin medicación. Se quejaba de la intrusión de los padres en el cuidado de su hija, aún cuando ella misma había intentado dejarla en manos del Estado, al pensar que la asistencia pública sabría cómo cuidarla mejor. La sorpresa llegó cuando finalmente aceptó la visita de sus padres. El ángel se transformó en demonio, presa de un ataque de ira del cual no conservaría luego ningún registro. No soportó enterarse que su hija estaba al cuidado de sus padres. La definición no aportó sin embargo a la orientación del tratamiento: no había qué medicar. No se puede medicar un ataque, no se lo puede prevenir, no se lo puede evitar. ¿Y para qué continuar internada? Otro caso desde la vereda de enfrente. Una paciente de edad media que dice sentirse muerta, sin carne, ni cuerpo, pagando con su muerte el mal que ha hecho y repitiendo una y otra vez que no debería haber nacido, que es la causa de todos los males. Ya no siente el cuerpo, ya no existe, “Soy un cadáver, estoy muerta en vida desde que nací, soy culpable de haber nacido”. La medicación se muestra nuevamente impotente, la internación intenta preservar una vida que es para ella una tortura. Tampoco le queda el impulso que le permitiría matarse, sólo dejarse morir: no co-

mer, no beber, sumirse en el mutismo y la petrificación. Ninguna medicación puede devolver las ganas de vivir y, en este caso, podría contribuir paradójicamente a terminar con la vida que pretende resguardar.

Depresión y violencia han borrado los matices. El *taedium vitae*, el dolor moral, la negación de órganos, la inhibición, el dolor del mundo, el *taedium cordis*, la ansiedad, el aburrimiento, el fastidio, la pesadumbre, el hastío, la acedia, la tristeza, la fatiga de sí mismo, la pereza, la deflación del deseo, la morosidad, el dolor de existir hoy se nuclean en una única expresión: depresión. El despecho del erotómano, la insistencia justa del reivindicador, el estallido certero del celoso, el alivio incomprendido de la auto-mutilación, la cachetada inesperada, el explosivo intento suicida o incluso el homicidio se homogeneizan en la violencia.

Quizás haya un denominador común: el cuerpo afectado en el arrebato violento o en la pesantez depresiva, pero estas categorías terminan borrando las variedades de las posiciones subjetivas concernidas. Posiciones subjetivas que no son trastornos de organismos perturbados sino posiciones éticas ante lo real.

IRA Y ACEDIA: FALTA MORAL

Lacan fue interpelado acerca de la relación del psicoanálisis con los afectos y volvió a las referencias clásicas, al rechazar la “psicologización” de las pasiones o su reducción a lo somático. Evocó la falta moral, el pecado, el cuerpo afectado por la estructura del lenguaje, por el inconsciente, y recurrió al destino de los pecadores que inmortalizó Dante [9]. Ni el trastorno, ni la enfermedad, ni el estado del alma; sino el pecado entendido como cobardía moral para hallarse en la estructura, en el inconsciente, en el deber del bien decir. La tristeza y la elación maníaca no dan ese paso, rechazan el inconsciente.

En *La Divina Comedia*, Dante reservó un lugar común para los iracundos y los acidiosos: la laguna Estigia, en latín *tristitia*, en el quinto círculo del infierno. Pecadores mortales entonces, iracundos y acidiosos fueron condenados a quedar sumergidos en el mismo lodazal: “vi gente cenagosa en el pantano,/ toda desnuda, y el semblante herido./ Golpeábanse no sólo con las manos,/ más con los pies, el pecho y la cabeza,/ a dentelladas se despedazaban.” (1) He aquí las almas de posesos por la ira, inmersas en una batalla que prolonga



eternamente sus violencias. Pero fuera de la vista, sumergidos yacen los que pecaron de acedia.

En la teología medieval la acedia era considerada una forma de la tristeza y era un pecado mortal e incluso capital, dado que engendraba otros vicios, oponiéndose a la caridad de Dios y la diligencia, el esmero y cuidado en ejecutar algo. El pecado de la acedia era el del rechazo del bien divino, el del enlentecimiento del ser y la parálisis de la acción que rehúsa hacer el esfuerzo para alcanzar la perfección de la gloria divina. La lentitud del ser ante el bien, el hastío de la vida, el desfallecimiento del fervor por la experiencia espiritual indica una tristeza frente al destino glorioso y una ausencia de la capacidad de encontrar consuelo en la vida espiritual. Pegoteados en la morosidad y el amor demasiado lento, atascados en el vicio, esa tristeza del alma no era considerada enfermedad a tratar sino posición ética: un no querer afrontar el trabajo que lleva a la vida eterna, que vuelve al hombre más frágil ante los propósitos del Maligno. De ahí que se pensara que era una cuestión muy delicada incluso identificada con el colmo de la locura: ¿o acaso no lo es rechazar la verdadera vida, por resistir a los designios del todo-poderoso? La acedia implicaba una suposición imposible a la espiritualidad, la ausencia de gracia (3).

El castigo de los acidiosos para Dante los eterniza en la parálisis y la lentitud: “bajo el agua quienes suspiran,/ y hacen burbujear la superficie/ cual tus ojos lo advierten por doquiera./ Dentro del limo dicen: ‘Tristes fuimos/ allá en el aire dulce que se alegra del sol/ por llevar dentro un humo acidioso./ Ahora nos entristecemos en el fango negro.’/ Gargarizan este himno en sus gargantas/ pues no lo pueden decir con palabras íntegras.”(1) Los tristes han rechazado la belleza del mundo y son condenados a tragar barro, “el día les resultaba intolerablemente largo y la vida desoladoramente vacía” (5). La inercia de la vida aletargaba la acción, el tedio excesivo les impedía aceptar la existencia, ahora yacen acallados y amordazados sin poder pronunciar palabras.

Dante enfatiza la mortificación que la acedia produce: es una tristeza que priva del lenguaje, que tiende hacia el silencio, la máxima tristeza.

La referencia de Lacan a Dante cobra ahora otro espesor. Depresión y violencia nombran trastornos catalogables en el DSM y que por lo tanto deberían ser tratados médicamente. Pero así se encubre lo que implican de falta moral, de posición

ética ante lo real. Lacan ubicó la reacción de la cólera en la posición de aquel que se decepciona ante el “fracaso de una correlación esperada entre un orden simbólico y la respuesta de lo real (...) Es cuando los clavitos no entran en los agujeritos.” (6) Lo real ha desbaratado toda la trama. Lacan vinculó la cólera a cierta hipertensión y a la elación, dejándola a un paso de la excitación maníaca. Freud había localizado la tristeza del melancólico en otro tipo de decepción, la reacción de revuelta ante la pérdida de un objeto que se había mostrado indigno de amor (4), el “suicidio del objeto” (7). La tristeza tampoco es enfermedad ni trastorno. Como cobardía moral es rechazo del inconsciente, rechazo a ubicarse en el bien decir.

VARIACIONES DE LA MORTIFICACIÓN PSICÓTICA

Este rechazo del inconsciente signa por momentos la posición del psicótico ante lo real y convierte la mortificación del viviente en una invariante de la psicosis manifiesta en la angustia hipocondríaca que la caracteriza (2). Ahora bien, el cuerpo está mortificado por habitar el lenguaje, de ahí resulta que pueda afectarse y que la pulsión sea el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir (10). El lenguaje cadaveriza el cuerpo, la palabra mata la cosa. Hay una castración real que el lenguaje introduce para todo ser hablante (8). Lacan demostró cómo el hecho de convertir al padre en el agente de la castración es una versión neurótica de esta castración real que marca el agujero estructural de la relación sexual que no hay para todos.

La posición ética del psicótico puede por momentos redoblar esta mortificación inaugural, dando lugar a una mortificación en segundo grado: la mortificación hipocondríaca que puede desembocar en el pasaje al acto. El rechazo del inconsciente, del tratamiento que el deseo hace al articular algo del goce, conlleva el retorno mortífero de lo que es rechazado del lenguaje. Tristeza y pasaje al acto se convierten así en la prueba clínica de los efectos de un rechazo del deseo, de la dificultad para encontrar un soporte que lo sostenga en su falta fundamental (2).

La apuesta ética del psicoanálisis, a contrapelo de las terapéuticas que la época ofrece, es la de invitar a reorientarse en relación al inconsciente: extraer un saber de los costos y los beneficios de determinada posición. Quizás sea la ocasión para que el psicótico se comprometa en un bien de-



cir que conmueva en algo la certeza de sus deseos locos o mortíferos, con el horizonte de un deseo que pueda sostenerse en el lazo social. —————

Notas

(1) Alighieri, D. (1307) *La Divina comedia. Infierno*. Texto original italiano con traducción, comentarios y notas de Angel Battistessa. Buenos Aires: Asociación Dante Alighieri, 1994.

(2) De Battista, J. (2012) *Le désir dans les psychoses. Thèse de doctorat*. Hay versión en español: El deseo en las psicosis. Buenos Aires: Letra Viva, 2015.

(3) Forthomme, B. (2000) *De l'acédie monastique à l'anxi-dépression. Histoire philosophique de la transformation d'un vice en pathologie*. París: Sanofi-Synthélabo.

(4) Freud, S. (1917) *Duelo y melancolía*. Obras completas. Bs As: Amorrortu.

(5) Huxley, A. (1948) *Accidie. On the margin*. Hardcover: London.

(6) Lacan, J. (1959-1960) El seminario. Libro VII. *La ética del psicoanálisis*. Bs As: Paidós.

(7) Lacan, J. (1960-1961) El seminario. Libro VIII. *La transferencia*. Bs As: Paidós.

(8) Lacan, J. (1972-1973) El seminario. Libro XX. *Aún*. Bs As: Paidós.

(9) Lacan, J. (1973) *Télévision*. París: Seuil.

(10) Lacan, J. (1975-1976) El seminario. Libro XXIII. *El sinthome*. Bs As: Paidós.

Pasiones tristes o los trastornos del deseo

Myriam Soae

Lic. en Psicología. Psicoanalista. Miembro del Centro Descartes. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP) y de la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL).

Coordinadora del equipo temático *Melancolía: la transformación del pathos* del Centro Descartes.
Correo electrónico: myriamgiselasoae@gmail.com

Resumen

El trabajo se centra en el concepto de melancolía y sus resonancias múltiples, articulando el giro de Spinoza en su conceptualización de las pasiones y sus afecciones con los conceptos psicoanalíticos en torno al duelo y la melancolía. Propone poner en tensión la fluctuación existente en las concepciones psicopatológicas de la melancolía y el proceso intrínseco del sujeto del inconsciente en su relación con el Otro del lenguaje.

P. claves: Pasión- Afección- Deseo- Melancolía -Duelo

Abstract

This work focuses on the concept of melancholia and its multiple resonances. It articulates the change in Spinoza's concept of passions and its affects with psychoanalytic concepts related to grief and melancholia. It also suggests questioning the existing psychoanalytic concepts of melancholia and the intrinsic process by the subject of the unconscious related the Other through language.

Key words: Passion - Affects - Wish - Melancholia

“Y puesto que su lección es que puede asir verdaderamente sólo lo que es inasible, el melancólico solo está a gusto entre esos ambiguos ropajes emblemáticos. Como reliquias de un pasado sobre el que está escrita la cifra edénica de la infancia, han capturado para siempre un destello de lo que puede poseerse sólo a condición de perderse para siempre”

Georgio Agamben (1)

